



**JORGE
SUÁREZ-VÉLEZ**
 @jorgesuarezv



La democracia y Estado de derecho de EU están en riesgo. México enfrenta retos similares y va perdiendo la pelea.

Excepcionalismo a prueba

Mucho se ha debatido si Estados Unidos es, o no, un país “excepcional”. Hay elementos que lo son. En un país joven, fundado por migrantes, primero europeos y recientemente de todas partes, conviven –no siempre en forma pacífica– grupos de origen muy diverso, más que en casi cualquier otro país. Sorprende también la fortaleza de su economía, que ha dejado detrás –por mucho– a las otras potencias industrializadas. Esa brecha puede ensancharse, pues en la revolución tecnológica que viene –la más disruptiva en la historia– son las empresas de EU las mejor posicionadas para sacar provecho. Sin embargo, las amenazas internas podrían descarrilar esa hegemonía.

A corto plazo, el dominio de EU parece irreversible. Además de su poderío militar, el estratosférico patrimonio de sus mejores universidades les da con qué atraer a los mejores profesores, investigadores y estudiantes del mundo. El mercado financiero de EU es, por años luz, el más profundo y capaz de financiar cualquier idea que tenga sentido (y hasta las que no lo tengan). Y una economía con 335 millones de habitantes, con un ingreso per cápita de 84 mil dólares al año, provee un mercado interno sin paralelo.

Pero, a mediano y largo plazo, EU enfrenta retos de los que advirtieron sus fundadores hace casi 250 años. Esos lúcidos jóvenes –Washington, Jefferson, Franklin, Madison, Hamilton, Adams, Jay– en su mayoría con menos de 40 años cuando

firmaron la Declaración de Independencia en 1776, alertaron en los Papeles Federalistas sobre el perfil de líder capaz de erosionar la democracia. Identificaron principalmente cuatro: el partidista, el demagogo, el ambicioso y el tirano.

Advirtieron sobre un sistema político polarizado que beneficie a una fracción o partido por encima del bien del país. Hoy lo vemos. Alertaron sobre demagogos que fingen alinearse con el pueblo y sus libertades, cuando en realidad buscan acumular poder y se montan en emociones y no en razones para lograrlo. Suena conocido. Particularmente, alertaron sobre el demagogo que se vuelve tirano. El populista es, quizá, la versión más moderna de ese demagogo con ambiciones imperiales. Por eso, Trump pondrá a prueba la democracia y Estado de derecho de EU.

Tanto EU como México enfrentan una versión distinta –con raíces similares– de la misma amenaza. Allá prevalecen (aunque no están intactos) ciertos contrapesos que en México demolimos. Las cortes detuvieron por ahora las propuestas a cambios en la ciudadanía por nacimiento de Trump, y algunos republicanos votaron contra la nominación del secretario de Defensa, forzando al vicepresidente a romper el empate en el Senado. Ambas acciones serían hoy impensables en México.

Pareciera que el último contrapeso es la realidad. Es curioso que sean los logros e instituciones más

puramente “neoliberales” lo que demorará su arribo. El paupérrimo desempeño de la economía desde el arribo de la 4T fue amortiguado porque, gracias al TLCAN/T-MEC, México se ha beneficiado de la fortísima demanda en EU para exportarle manufacturas. Gracias a la independencia del Banco de México (en lento y paulatino descenso) mantenemos una moneda estable y un Grado de Inversión que nos hace mejor sujeto de crédito.

Pero el talón de Aquiles de la 4T será su deplorable asignación de recursos públicos. En un país que recauda tan poco, pasará factura tirar millones de millones de pesos en proyectos absurdos (Mexicana de Aviación, por ejemplo) a costa de que se siga deteriorando infraestructura básica. Eso nos resta competitividad y nos hace un destino de inversión cada vez menos atractivo (más con la “reforma” judicial). Y si bien los programas sociales condicionales han sido una táctica electoral exitosa, dejarán de alcanzar e irá doliendo más la falta de recursos para lo básico.

Eventualmente, aun quienes reciben programas sociales notarán que éstos, por mucho, no compensan lo que deberían recibir en servicios de salud, seguridad y educación de un Estado demasiado preocupado por la próxima elección, y demasiado poco por la próxima generación.

Tarde o temprano, ambos países pagarán el costo de la miopía populista.